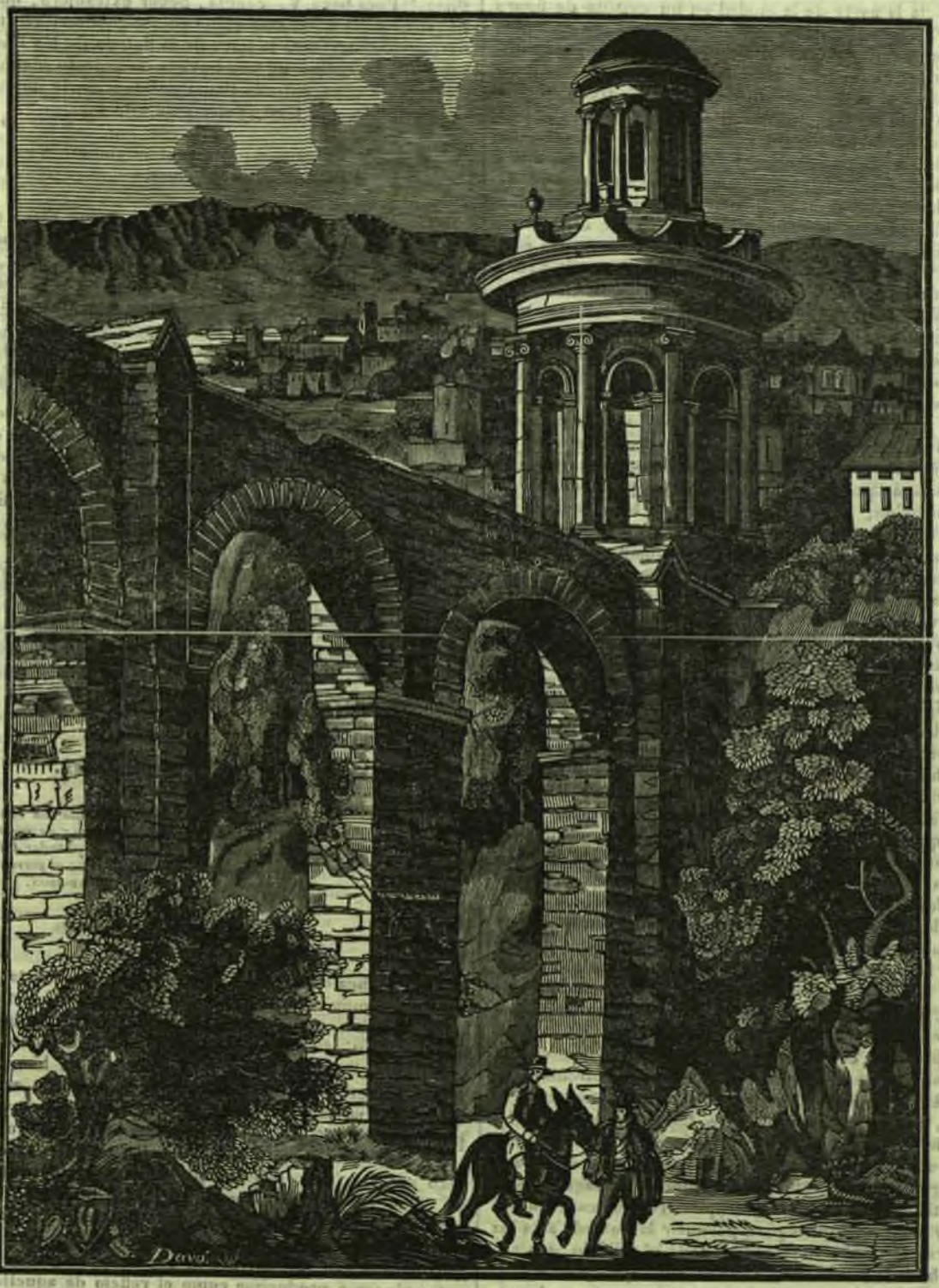

ACUEDUCTO Y CASTILLO EN EVORA.

En el núm. 61 del Semanario Pintoresco dimos á nuestros lectores una vista del templo de Diana en Evora, acompañada de una descripcion de él, y ahora les presentamos otras antigüedades existentes en la misma ciu-

dad, que fué en otro tiempo residencia de algunos de los reyes de Portugal.

El grabado que acompaña á este artículo representa una porcion del magnífico acueducto romano, que termina hácia la parte de la ciudad en un castillo de figura circular. Estos castillos que con frecuencia se ven en los monumentos romanos de esta especie, servian para diferentes objetos. En los acueductos que abastecian de agua á la antigua Roma, se erijian de trecho en trecho castillos que eran otros tantos cuerpos de guardia para la tropa encargada de la custodia y proteccion de obras tan importantes. Algunos tambien estaban ocupados por albañiles y arquitectos constantemente dispuestos para reparar cualquier daño; al propio tiempo que otros servian de conductos y de depósitos para poder sacar el agua en aquel punto. Con este último objeto los hemos visto edificar en algunos acueductos modernos. La torre de Evora es un castillo de esta especie. En el interior de él hay un depósito ó registro que contiene una parte del agua que pasa por encima de los arcos; por medio de tubos se extrae el agua allí mismo, en tanto que otros conductos la llevan por bajo de tierra á las diferentes cisternas y fuentes de la ciudad. Los amantes de las bellas artes se lamentan con frecuencia del abandono y destruccion de edificios soberbios que los antiguos romanos levantaron en España, Portugal, Italia, Dalmacia y otros paises, dejándolos como pruebas incontrastables y permanentes de su dominacion; pero esta fatalidad no ha alcanzado al acueducto y castillo de Evora que están muy bien conservados, y son en el dia de tanta utilidad como cuando se construyeron. Los habitantes modernos de esta ciudad beben la misma agua saludable que los antiguos romanos hacian venir á sus casas á fuerza de arte é industria, como unos mil y ochocientos años ha. El acueducto está construido de piedra mezclada con mortero. El castillo es de ladrillo, revocado todo él con el estuco que usaban los antiguos, cuya duracion es admirable. Los ladrillos que usaban los antiguos no eran como los nuestros, sino una especie de baldosas de dos pulgadas de espesor; las cocian hasta darlas una dureza considerable, y despues por medio del estuco las unian unas á otras horizontalmente, consiguiendo asi dar una permanencia á sus obras, que las construidas con piedra á veces no tienen. La liviandad y poca duracion de los edificios que en nuestros dias se construyen de ladrillo en nada se parecen á los de los romanos del mismo material, en cuyas cualidades deberian fijar algun tanto la atencion los arquitectos modernos, mayormente en aquellos puntos en que escasea la piedra. Las murallas del castillo de Evora están tan sólidas que parece se edificaron ayer, y aun mas fuertes, pues todos sabemos que el estuco se endurece mucho con el tiempo.

El plan del edificio, que se conocerá mejor viendo la lámina que por ninguna esplicacion, es circular: su circunferencia, no comprendiendo las columnas que le rodean, es de unos cuarenta pies. Las columnas son ocho y del órden jónico. En cada espacio entre las columnas hay un nicho con una puerta que comunica con el depósito de agua y con el interior del edificio. El segundo piso del castillo está decorado con pilastras jónicas, en las que hay unas aberturas para permitir la entrada á la luz y al aire. Ultimamente, corona todo el edificio una cúpula ó bóveda semi-esférica.

Otro objeto hay en Evora que aunque mas moderno, atrae la curiosidad de los que visitan esta ciudad, considerado por muchos de sus habitantes mas curioso que las antigüedades romanas. Estando allí el sugeto á quien somos deudores del dibujo de nuestro grabado, ocupándose en dibujar el templo de Diana y el acueducto, le preguntó un portugés si habia visto la maravilla de Portugal, la bóveda donde se depositan los huesos humanos en el convento de San Francisco. Contestando que nó el dibujante, el portugés con el orgullo de un *Cicerone*, le dijo: "Pues haga V. cuenta, Señor extranjero, que no ha visto nada y véngase conmigo." Siguióle en efecto, y despues de atravesar la nave de la Iglesia de los franciscanos, le introdujo en una bóveda de aspecto lúgubre y sombrío, á cuya entrada llamó su atencion la imponente inscripcion que leyó, y decía de esta suerte:

"Nos os ossos que aquí estamos
Pellos vossos esperamos."

Tiene de estension aquel fúnebre lugar como unos sesenta pies de largo, y unos treinta y seis de ancho. Ocho grandes pedestales ocupan parte de la nave, divididos por mitad á cada lado, y todos ocho se hallan cubiertos de calaveras y huesos humanos, trabados con una especie de estuco muy fuerte, presentando á los ojos del que visita el terrible osario una muchedumbre de despojos de la muerte que no pueden menos de causar una sensacion desagradable y melancólica.

Evora dista unas 24 leguas de Lisboa, está situada en la provincia de Alentejo al sur del camino que conduce desde la capital de Portugal á Badajoz y Madrid. Ademas de contener muchas antigüedades romanas, se encuentran en sus alrededores ruinas y altares del tiempo de los Celtas, curiosas en estremo para el observador anticuario.

L. G.

PANORAMA MATRITENSE.

ANTES, AHORA, Y DESPUES.

«El tiempo se ve retratado con exactitud en las generaciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado; los jóvenes lo presente, y los niños el porvenir.»
ADISSON.

I.

La filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederianos lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabriamos decidirnos, entre los recuerdos pasados, la actualidad presente y las esperanzas futuras.

Las mujeres, segun la observacion tambien exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cual de estas dos causas influye principalmente en la otra, á saber; si las costumbres son únicamente la expresion de las leyes, ó estas vienen á producirse como el reflejo de aquellas.

Parece sin embargo lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin; pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien

hay otros en que estos se vieron arrastrados por la atrevida mano del legislador.

De todos modos, no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi á voluntad el carácter del hombre, y de aqui la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mujeres están llamadas por la naturaleza á prestar al hombre los primeros cuidados; á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y he aqui explicada tambien naturalmente la otra observacion; ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo asi, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas, cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben; muy pocos son los que aciertan á leer en él; y alli donde por lo regular acaba el orizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

"Mucho mas locas las viejas
son en Madrid que las mozas,
y es natural, porque llevan
muchos mas años de locas."
LEON DE ARROYAL.

Doña Dorotea Ventosa de quien ya en otra ocasion tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Cárlos III; y si bien esta circustancia no fuese averiguada mas que de ella misma, y del Señor Cura de la Parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las contínuas modificaciones y revoques de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortés osadia de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse á colocar la del nacimiento de nuestra heroina á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del francés, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones, que constituian por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres, y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginacion con los juegos infantiles. Enseñáronla á leer, lo necesario para ojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida*; y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer. No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno velando por su porvenir en tanto que ella dormia y crecia en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo, y no bien hubo cumplido los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna y desposada de allí á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una brillante posicion, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

Pasó pues sin transicion gradual, desde el dominio de la hermana superiora al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenian mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razon, de lo peligroso que es el aire libre, y el contacto de la sociedad, á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto estremo; y convertian sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en austera obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, que sistema tan descortés supone como si dijéramos una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas, y todas las jóvenes darán en el interior de su corazon mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante; por ahora habremos de reposar la imaginacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hay que alabarla la constancia, que en el dia podria hacerla pasar por una nueva Penelope: pero al fin, el primer año pasó; y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano; pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquin; que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas. Observó que á su edad (que tenia ya veinte cumplidos) todavía no sabia bailar el bolero, ni cantar la tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites á Manolito Garcia; cosas todas muy puestas en razon y que para servirme de una espresion galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa siempre era su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigon siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que extramuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros y toros, y meriendas, y prado, y abates, y devaneos, y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos estraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad abanzada, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su jóven compañera; sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veia en ello un esceso de egoismo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada en fin de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas halagüeña su existencia; tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse aun establecido la funesta moda que releva á las

(1) Véase el tomo II de el *Panorama Matritense*, artículo titulado *Las tres tertulias*.

madres de este sublime deber; vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase tambien al papá, y cuando este acontecimiento vino á cambiar la existencia de nuestra heroina, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles que revelaba á la mamá en sus lindas facciones, una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mujeres en general suelen tener dos épocas de agitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion generalmente constante que el que ha sido viejo cuando jóven, suele querer ser jóven cuando llega á viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharía la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado en tiempo.

Escudada con el pretesto de la hija, que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipacion, alhagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la corte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas, observó hasta la estravagancia los mas estraños preceptos de la moda, y como esta lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimularla sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntariosos caprichos.

El tiempo sin embargo iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos, que á creerla tenia el singular privilegio de caminar hácia su orígen; pues si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos; hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueca de las parcas, oponia ella las tijeras de la modista, y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochecia un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

.....¿"Quien hay
que cuente los embelecos,
los rizos, guedejas, moños
que están diciendo: *Memento*
calva que ayer fuiste raso
aunque hoy eres terciopelo?"

Ella en fin era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo contínuamente las piezas que se rompian, en términos que despues de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque habia desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que asi se llamaba la niña), y mas de una ocasion llegó á disputarla con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella habia hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusion y silencio. Mas fácil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor, afectar con ella la mayor familiaridad, y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su trage; dejarla correr con sus amigas distinto rumbo, y diversas sociedades, y evitar en fin todo término posible de odiosa comparacion.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la jóven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazon al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma habia renunciado con su conducta) é impulsada por el primer movimiento de su pasion, imploró la proteccion de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galan; y mientras esto sucedia, la mamá, libre ya absolutamente de toda trava y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y disipacion, llegando á lograrlo en términos que solo fue capaz de atajarla una aguda palmonía, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

III.

"Ya la notoriedad es el mas noble
atributo del vicio, y nuestras Julias
mas que ser malas, quieren parecerlo."
JOVELLANOS.

Dicho se está lo importante á par que difícil del acierto en la educacion de una mujer. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la excesiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas, de que asi es de temer en la mujer el extremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos, si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podria menos de escuchar de su boca, contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á esto el contínuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones alhagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes á vuelta de las *Veladas de la Quinta* y la *Pamela Andrews*, solian leer la *Presidenta de Turbel*, la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudiera llegar á corromper su corazon hasta el extremo que era de temer; sin embargo la adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de "amable coquetería»; la irreflexion propia de su edad y de sus escasos conocimientos, pudo á veces ofuscarla contra su verdadero interés; y esta misma veleidad y esta misma irreflexion, fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al jóven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisongear el amor propio de Margarita. Jóven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mujeres, cierto, que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado á conquistar entre los demas hombres una elevada posicion social; y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal, ó en una academia; pero en cambio ¿quién podia disputarle la ventaja, en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio alazan? Estas circunstancias, unidas á su buen decir, sus estudiados transportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazon infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexion.

Pudo en fin, Margarita, ostentar sujeto al carro de su triunfo, aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el prado colgada de su brazo; llamarse por su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le habia elevado, y el respeto y el amor que le exijia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo por cierto motivo alguno de queja de parte de su esposo; antes bien calculando por ellas, no podia menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibia las visitas, ella la que ofrecia la casa, ella la que reñia á los criados, ella la que disponia los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrencia, ella en fin la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entretanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja, vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita, en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una mujer casada, pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas expresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna extravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podia titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió ó creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad.... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el órden, capricho alguno que no se convirtiese en necesidad.

Llegó en fin despues de nueve meses de sustos y sinsabores el suspirado momento del parto.... ¡Santo Dios! todo el colegio de San Cárlos era poco para semejante lance...; pero en fin la naturaleza que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes de que ellos acudiesen á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre "clavadito al padre, bendígale Dios.»

Al siguiente dia se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habian mediado acaloradas discusiones sobre el nombre que le pondrian al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios; pues que el comun ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustracion. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al jóven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion ó Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecia de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y las Maclovias, y otros nombres asi, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo é idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado en el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; asi que nuestra jóven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentia una nueva existencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradiccion alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma ajitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada «¿Qué vas á hacer (la dijo) jóven deidad á quien yo me complazco en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre existencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan; ignoras el ridículo que la sociedad te promete; ignoras en fin que tu propio esposo, acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tu llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias....?»

«No digas mas», prorrumpió ajitada Margarita; no digas mas;—y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazon. Impulsada por este movimiento, tira del cordon de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonrie á la propuesta y conferencia con ella sobre la eleccion de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elije la mas sana y robusta; pero la mamá no sirve á medias á la moda, y escoge la mas linda y esvelta; al momento truécanse su grosero zagalejo en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos; y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Vírgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita; y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Coralinas* y *Rugeros*, *Amalteas* y *Pharamundos* con otros nombres asi desenterrados de la edad media, que

daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecia la casa á los dramas modernos, en que no habia unidad de accion; porque el papá, la mamá y los niños, formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que sería de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñáramos en seguir al papá, le veríamos ya desdeñando la compañia de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar dia y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirijir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía; entrar á visitarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesmente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrerillo, entregada despues en manos de su peluquero mientras ojeaba con interés el *Courrier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac; el resto del dia empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazon, ostentarlos á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro, y vivir en fin únicamente para el mundo esterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos, consignó en el bellísimo terceto que arriba queda citado; la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mujeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independencia, suelen á veces ser los escudos de la virtud; si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la mujer no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el interior de su corazon, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusion, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la mania de citar dichos agenos, no quiero dejar de hacerlo aqui con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

"La mujer en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana
que se estiman por el son."

Margarita tenia, como queda dicho, un corazon escelente, amaba á su marido y á sus hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar, vasallage de la moda, habia apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Coralina, colocándolos en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los mas puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos cuando por acaso solian verla, la miraban con la estrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aqui su desconsuelo; el esposo que hasta allí habia dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó á apasionarse verdaderamente de otra mujer, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el estremo contrario, ó sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vió renovarse en su corazon el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades, la echó en cara su disipacion y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin no pudiéndose resignar esta á contínua reconvencion, huyó del lado de su esposa dejándola abandonada á su desesperacion y á sus remordimientos.

Quedóla pues por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil vaciar sus primeras inclinaciones, darles á conocer mas sólidas ideas. Arturo era ya un muchachuelo fátuo y presumido, charlatan y pendenciero que saludaba en francés, cantaba en italiano, y escribia á la inglesa; que llamaba de tú á su mamá y terciaba en todas las conversaciones; que huia de los muchachos y los hombres huian de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad. Coralina era una niña prematura, apasionada y tierna por estremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormia los ojos, y hablaba con él; y chillaba al ver un raton, y aplaudia en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponia colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con espresion el *tenero ogetto* y el *morir per te*.

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Coralina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma, víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de allí á poco tiempo, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad empero, recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama; y, no hay que dudarlo, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *despues*.

El Curioso parlante.

TEATROS.

CARLOS II, drama histórico original en cinco actos y en verso: por *Don Antonio Gil y Zárate*.

El nombre del autor de este drama, que goza de una bien merecida reputacion entre los literatos, no pudo menos de prevenir favorablemente al público hácia su obra: asi es que el concurso fue numeroso desde las primeras representaciones, y como la impresion que hizo en los espectador fue vária, apenas ha quedado habitante de Madrid que no haya querido juzgar de ella por

sus propios ojos. Nosotros tambien la vimos, y la hemos leido impresa (1), y por cierto que no sin gran temor y casi hasta repugnancia, vamos á aventurar sobre ella algunas reflexiones.

Por decontado el drama pertenece entera y completamente á la moderna escuela, y de tal suerte, que hay quien le supone escrito para rivalizar con las mas exageradas obras de Victor Hugo y Alejandro Dumas, y quien juzga conseguido enteramente aquel objeto. Ajustándole pues, á esa norma, si tal puede llamarse, no hay que criticar en el Cárlos II, porque el mas desaforado romántico no podrá tacharle de sujeto y encadenado por trabas de ninguna especie. La historia no ha impedido el vuelo á la imaginacion del autor, pues no ha titubeado en dar una hija al impotente, último vástago de la casa de Austria, y en hacer inquisidor tirano, fraile impío y sacrílego, mónstruo sangriento y feroz al buen padre Maestro Fr. Froilan Diaz, virtuoso y perseguido injustamente por el tribunal de la fé. Las reglas literarias, yugo insoportable á los modernos escritores, tampoco han servido de estorbo en esta composicion, pues casi todas ellas se traspasan empezando por la de unidad de accion, como que no habrá quien pueda decidir si el objeto del drama es la debilidad, demencia, y fanatismo del rey, ó los amores de su padre confesor. Tan patente es que el poeta habia concebido un cuadro complicado y sobremanera estenso, como que las figuras que coloca en él son las siguientes:

Inés.—El rey D. Cárlos II.—Fray Froilan, *confesor del rey*.—Florencio, *page del rey*.—El cardenal Portocarrero.—El inquisidor general.—El conde de Oropesa, *presidente de Castilla*.—El conde de Montalto, *presidente de Aragon*.—El conde de San Esteban.—El conde de Frigiliana.—Harcourt, *embajador de Francia*.—Harrach, *embajador de Austria*.—El vicario de las monjas del Rosario.—El prior de Atocha.—El prior del Escorial.—Un comisario de la inquisicion.—El Tremendo.—Un tahonero.—Un armero.—Un tabernero.—Un alguacil.—Un criado del conde de Oropesa.—Un Ugier de Palacio.—Un oficial de la guardia.—El capitan de los soldados de la fé.—Un monge del Escorial.—Agentes 1.° y 2.° del motin.—Hombres 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.° del pueblo.—Mujeres 1.ª y 2.ª del pueblo.—Muchachos 1.° y 2.° del pueblo.—Un capuchino.—Dos sacristanes.—Grandes, Señores, criados del rey, criados de Oropesa, pages, guardias, alguaciles y familiares de la Inquisicion, soldados de la fé, hombres, mujeres y muchachos del pueblo, y frailes de Atocha.

Tan extraordinaria muchedumbre de personages ha querido el Sr. Gil hacer intervenir en su drama, y ciertamente solo á fuerza de ingenio pueden manejarse tantas y tan contrapuestas figuras, no siendo por lo tanto estraño que haya muchos caracteres mal sostenidos y algunos contrarios con la historia. Si en la parte literaria hemos hallado estos reparos, tambien en contraposicion de ellos podemos elogiar en general la versificacion, que ciertamente con un poco mas de detencion pudiera haberse igualado en toda la obra, evitando el que en ciertas escenas apareciese desmayada y floja.

Bajo otros puntos de vista puede mirarse el drama de Carlos II, y dar lugar á muchas consideraciones morales y políticas. Estas últimas no son de la incumbencia de nuestro periódico, y en cuanto á las primeras, en cuanto al objeto moral que en todas las obras literarias debe resaltar, tal vez nos encontraría el Sr. Gil demasiadamente severos. No osamos por lo tanto estender este juicio crítico, ni del argumento daremos menuda cuenta á nuestros lectores, porque los que hayan leido la Cornelia Bororquia, ó recuerden la pasion de Claudio Frollo hácia la gitana Esmeralda de Victor Hugo, encontrarian en nuestro estracto muy poca novedad; y el autor nos quedaría muy poco agradecido á que despojásemos á su asunto del encanto de la versificacion en que ha sabido anegar, por decirlo asi, sus defectos.

La ejecucion de este drama ha sido una nueva prueba de que nuestros actores se esmeran en adelantar, y estudian profundamente sus papeles. Pocas cosas hemos visto hacer mejor á Garcia Luna. El Sr. Romea mayor procuró llenar un papel de dificil desempeño; su hermano nos pareció algun tanto tibio en el del pagecillo enamorado; hasta el prior de Atocha era todo un prior de Atocha, capaz de hacer dudar á cualquiera si en efecto lo habia sido.

(1) Se halla venal en la librería de Escamilla.

EL BOA.

Aunque dimos á nuestros lectores una idea de este mónstruo en el núm. 18 del Semanario, añadiremos aqui algunas otras noticias acerca de este espantoso reptil que el adjunto grabado representa en la actitud de cojer un conejo.

Uno de los objetos mas interesantes de la brillante coleccion de animales que posee el propietario de los jardines zoológicos de Surrey en Londres, y que hemos visto varias veces, es el Boa llamado *constrictor*. Enroscado en un cajon grande por cuyo enrejado superior se le puede observar con toda comodidad, este reptil enorme permanece por semanas enteras en un estado de inmovilidad y como aletargado. La propiedad que tiene este animal de no necesitar alimento sino muy de tarde en tarde, esplica esa inaccion en que pasa la mayor parte de su vida. Pero cuando el hambre le apura despierta de su letargo, se levanta en busca de los medios de satisfacerla, y la voracidad de su apetito es tan admirable como su anterior apatía. Estando el Boa encerrado solo come una vez al mes ó cada mes y medio, pero traga conejos ó liebres enteras, gallinas y otras aves aun mayores si se las echan dentro de la prision. El artista que sacó el dibujo del grabado que va al fin de este artículo, ha visto al Boa en la misma actitud en que se representa. Creyéndose un dia que llegaba el momento de necesitar comida, le metieron en el cajon un conejo vivo. El pobre animalillo permaneció algunos dias sin que el Boa le hiciese daño alguno, tanto que el inocente llegó á perder el miedo y á familiarizarse con su terrible enemigo. Estando el artista observando el contraste que formaba tan desigual pareja vé levantarse repentinamente al reptil, el que abriendo su terrible boca, hizo ademan de acometer y devorar al inocente gazapo que estaba retozando al estremo opuesto del cajon. Pero como si su apetito no fuese demasiado vivo, se volvió hácia atras estando ya á una pulgada de su presa, y se sumergió otra vez en su letargo acostumbrado. El conejillo, ignorante del peligro en que habia estado, principió á jugar y brincar entre las roscas escamosas de su compañero; pero el encargado del cuidado de los animales aseguró que su existencia seria muy corta, y que al dia siguiente seria devorado por el Boa sin remedio ninguno.

Todas las diferentes especies de serpientes se mantienen de animales. Las especies pequeñas devoran los insectos, lagartos, ranas y caracoles de tierra; pero las grandes, y especialmente el Boa, acometen y devoran con frecuencia cuadrúpedos bastante grandes. Al apoderarse de una víctima tan pequeña como el conejo, el Boa se le

traga sin la menor dificultad; pues la construccion particular de la boca y tragadero de esta clase de serpientes los hace en estremo elásticos, pudiéndolos ensanchar hasta el punto de recibir animales de un tamaño mucho mayor que el diámetro de sus cuerpos. Pero al atacar el Boa á un cuadrúpedo grande, tal como un ciervo, una cabra montés ú otro animal semejante, lo primero que hace es enroscarse al rededor del cuerpo de su presa, y quebrantarle los huesos principales con su gran poder muscular, reduciendo mucho por este medio las dimensiones de su víctima, y despues de continuados esfuerzos consigue tragar el objeto de su voracidad, presentándose el mónstruo tan horroroso y repleto que parece que va á rebentar. Algunos aseguran que el Boa *constrictor* ha acometido y destruido aun á los búfalos y tigres, por el medio arriba indicado, pero nos limitaremos ahora á presentar una relacion fidedigna que prueba el apetito voraz de estas serpientes, refiriendo lo ocurrido con una que se trajo á Europa de Batavia en 1817.

Esta serpiente era bastante grande pero no de las mayores de su especie. Pusieron una cabra viva en el cajon en que estaba encerrada, y despues de mirarla por algunos segundos la tocó con la lengua; separando en seguida la cabeza y acometiendola con denuedo trató de cojerla por el pescuezo. La cabra con un valor digno de mejor suerte, recibió al mónstruo con los cuernos. La serpiente se retiró, pero para volver al ataque con una seguridad destructora y mortífera. Coge á la pobre cabra por una pata; tira violentamente de ella y la echa por tierra, enroscandose despues con una velocidad increible por todo su cuerpo, y cargando el mayor peso sobre el pescuezo. El infeliz cuadrúpedo moribundo en pocos instantes, no pudo hacer el menor esfuerzo para evadirse. Algunos minutos habian pasado despues de morir la cabra, cuando la serpiente principió á desenroscarse gradualmente, y desembarazada completamente se preparó para tragarse la víctima. Despues de haber lamido todo el cuerpo, de la res principió á comer por la cabeza; pero el tragarla con los cuernos de mas de cinco pulgadas de largo, hácia esta operacion algo difícil. En cosa de dos horas desapareció el cuerpo de la cabra completamente. Mientras la serpiente trataba de tragarle, con esfuerzos continuados y estraordinarios, causaba horror el mirarla; á cada instante parecia que se ahogaba; sus carrillos estaban tan hinchados que se creia iban á rebentar, y los cuernos de la cabra se mostraban dispuestos á romper la piel escamosa del mónstruo. Despues de concluida la comida el boa tenia un diámetro doble que el ordinario. No se movió de la postura en que se habia colocado por muchos dias, y nada era suficiente á hacerla dejar el entorpecimiento en que se hallaba.

L. G.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.